

Prólogo

“...Rolón fue fundado el 30 de Abril de 1909 (...) No sabemos si realmente hubo una ceremonia fundacional. Mi abuela María Celina Rodríguez de Servetto afirmaba que bajo los escalones de la entrada de la casa familiar había una botella con un discurso. Nunca se encontró...”

Con estas palabras Gabriel Servetto, autor del presente libro, se adentra en la indagación de uno de los puntos más intrincados de los lugares de la memoria. Búsqueda compleja porque incursiona en una de las cuestiones más oscuras al remitir a uno de los elementos integrantes del “momento crucial”. Esta nimiedad representa una empresa ardua en lo concerniente a las tareas de un historiador, puesto que en ocasiones, el emprendimiento se transforma en una aventura similar a la búsqueda de los tesoros que aparecen en los cuentos infantiles.

Sin dudas el trabajo del autor representa una contribución en este sentido, ya que, a través de las páginas de este libro, queda claro que los acontecimientos centrales en la vida de un pueblo escapan a sucesos fácticos y a hechos materiales. Los protagonistas esenciales de la historia –de cualquier historia-, son los hombres y mujeres que con una tenacidad constante entregaron su vida en pro de la formación de la sociedad actual. De este modo, uno podría repensar el momento en el que Rolón se conforma como pueblo, independientemente de las fechas y acciones realizadas.

Imaginemos que estamos en el mes de abril de 1909. Con seguridad nos cruzaríamos en estas calles con muchos de los personajes que hacían a la vida diaria del Rolón de entonces. Quizá, muchos, hubiéramos afirmado ver una botella en la que se depositaba un discurso que, seguramente, nos anunciaría la institucionalidad del recientemente creado pueblo de Atreucó. Otros, en cambio, inmiscuidos en las tareas cotidianas, nunca hubiésemos visto botella ni discurso alguno. Sin embargo, todos seríamos testigos de procesos mucho más generales que comenzarían a configurar, no solamente la identidad de los pueblos, sino también, de un Territorio Nacional que esperará aún casi cincuenta años para transformarse en provincia.

En efecto, estos son los años del llamado re-poblamiento. Después de un largo tiempo en que estas tierras fueron trabajadas y producidas por grupos indígenas, las necesidades de la Argentina capitalista y de los grupos de poder que controlaban los resortes del Estado, impulsaron una campaña de expoliación de las poblaciones originarias. Con ello llevaron a cabo uno de los exterminios más ignominiosos que forman parte de la historia y de la identidad de los pampeanos. Concluidas las conquistas hacia 1879-1880, inmediatamente comenzará la mensura de las tierras y se creará por la ley 1.532 de 1884 el Territorio Nacional de La Pampa.

En realidad, la inclusión de estas tierras al Estado argentino tuvo a la extensión de la frontera productiva como a uno de sus principales móviles. Pero en realidad habría que repensar hasta qué punto la anexión de las tierras contribuyó a la riqueza nacional en términos productivos. Efectivamente, las contribuciones no fueron tantas, siendo esta región la parte más marginal de la llamada “pampa húmeda”. Asimismo, las leyes de fomento a la inmigración que se sucedieron al finalizar la década del '70 del siglo XIX, se funcionalizaron con ambas ideas: “re-poblamiento” (ocupación blanca de las tierras) y “puesta en producción” (adecuación al modelo de producción agropecuario hegemónico). Las grandes oleadas inmigratorias que se produjeron a partir de los años '80 del siglo XIX, configurarían este basto panorama de cosmopolitismo que con posterioridad daría como resultado la imagen literaria de: “*de cada pago un paisano*”.

La Historia del pueblo de Rolón, como la de tantos otros pueblos del Este del Territorio Nacional de La Pampa, hay que entenderla inserta en este contexto. Rolón tuvo una ocupación anterior a la llegada del Ferrocarril donde los productores agrarios y comerciantes fueron los primeros articuladores de la futura conformación de los centros con funciones urbanas básicas, destinados posteriormente, en algunos casos, a transfigurarse en pujantes núcleos urbanos. Está muy extendida la concepción que atribuye al Ferrocarril el papel de creador de los mismos. Sin dudas, la extensión de las vías férreas y la interconexión que supone, actuó como un elemento con claros efectos multiplicadores en términos económicos, así como un instrumento que aportó a la dinámica social y a la solidificación de las relaciones de poder entre las elites pueblerinas. Sin embargo tal situación no es equivalente a desconocer el rol desempeñado por los sujetos más comunes, establecidos en el lugar con anterioridad a la llegada del Ferrocarril. No deberíamos olvidar que la modernización siempre es llevada a cabo en función de acciones políticas que responden a grupos sociales concretos y a intereses o alianzas de grupos o intereses. En este sentido las acciones, decisiones políticas y proyecciones económicas son, en consecuencia, un fenómeno social. De allí que cualquier interpretación de los hechos pasados deba reconocer en primera instancia un sustrato social. Esta cualidad creo, nos ayuda a repensar, revivir y reconstruir sucesos que muchos desconocíamos y que forman parte de nuestra historicidad.

La historia del Centenario de Rolón nos ofrece a todos esta posibilidad de reflexionar sobre los acontecimientos pasados pero que de algún modo, al ser analizados, son transformados en contemporáneos al ser traídos a la memoria. Tal como lo sostiene Edward Carr: *“...Entre el pasado y el presente, hay un camino en dos direcciones, el presente se configura a partir del pasado y, al mismo tiempo, lo recrea constantemente...”*

¿Por qué es importante la Historia de un pueblo?

En primera instancia porque significa revolver en la memoria, buscar, hallar y no hallar, desempolvar fotos y documentos que se creían guardados en los anaqueles de las historias familiares, y juntarlos para reconstruir el pasado de una sociedad que nos nuclea actualmente. De acuerdo con Ana María Lasalle, reconstruir los relatos de la memoria (guardados en las fotos, en las narraciones familiares, en los objetos cotidianos que portan lo simbólico) implica el compromiso de ponerse al servicio de una verdad popular que se crea y se recrea a lo largo del tiempo, mientras desactiva, para siempre, los saberes impuestos por binomios repetidos al infinito por los conquistadores (población y desierto; hombre civilizado y hombre analfabeto y por ende ahistórico; progreso y barbarie; etc.). Es posible afirmar entonces, que la memoria nos devuelve a la libertad de reflexión y de expresión.

En segunda instancia, porque la Historia resulta un arma poderosa y extremadamente eficaz contra la destrucción de mitos y falsedades, y permite, de este modo, llenar los huecos dejados por la incertidumbre, tendiendo a volver inteligible nuestras vidas. El conocimiento del pasado actúa como una fuerza de cohesión que nos permite identificar, a la vez que reforzar, los lazos de solidaridad. El hallar una respuesta a la pregunta *¿Quiénes somos?* es una tarea que escapa al oficio del historiador y nos involucra a todos. En este sentido, entender nuestro presente resulta imposible sin descifrar las huellas del pasado.

Con esta obra, Gabriel logra aportar una gama importante de elementos que repercuten directamente en la identidad de los pampeanos. Sin dudas, la obra también

representa una importante contribución a la Historia Regional, dándonos la posibilidad de contar con una significativa reconstrucción del pasado de los pueblos de la región. Al fin y al cabo, esta es una de las funciones más eminentemente prácticas de la Historia, pues, en palabras de Marc Bloch “...es innegable que siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. ¿Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la Historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho del hombre, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos?...”

Son los fervientes deseos de quienes investigan la Historia regional, que obras como estas fomenten nuevas preguntas para que nuevos investigadores realicen futuros aportes a la historia de la región.

Santa Rosa, 21 de Marzo de 2009.-

Leonardo Daniel Ledesma